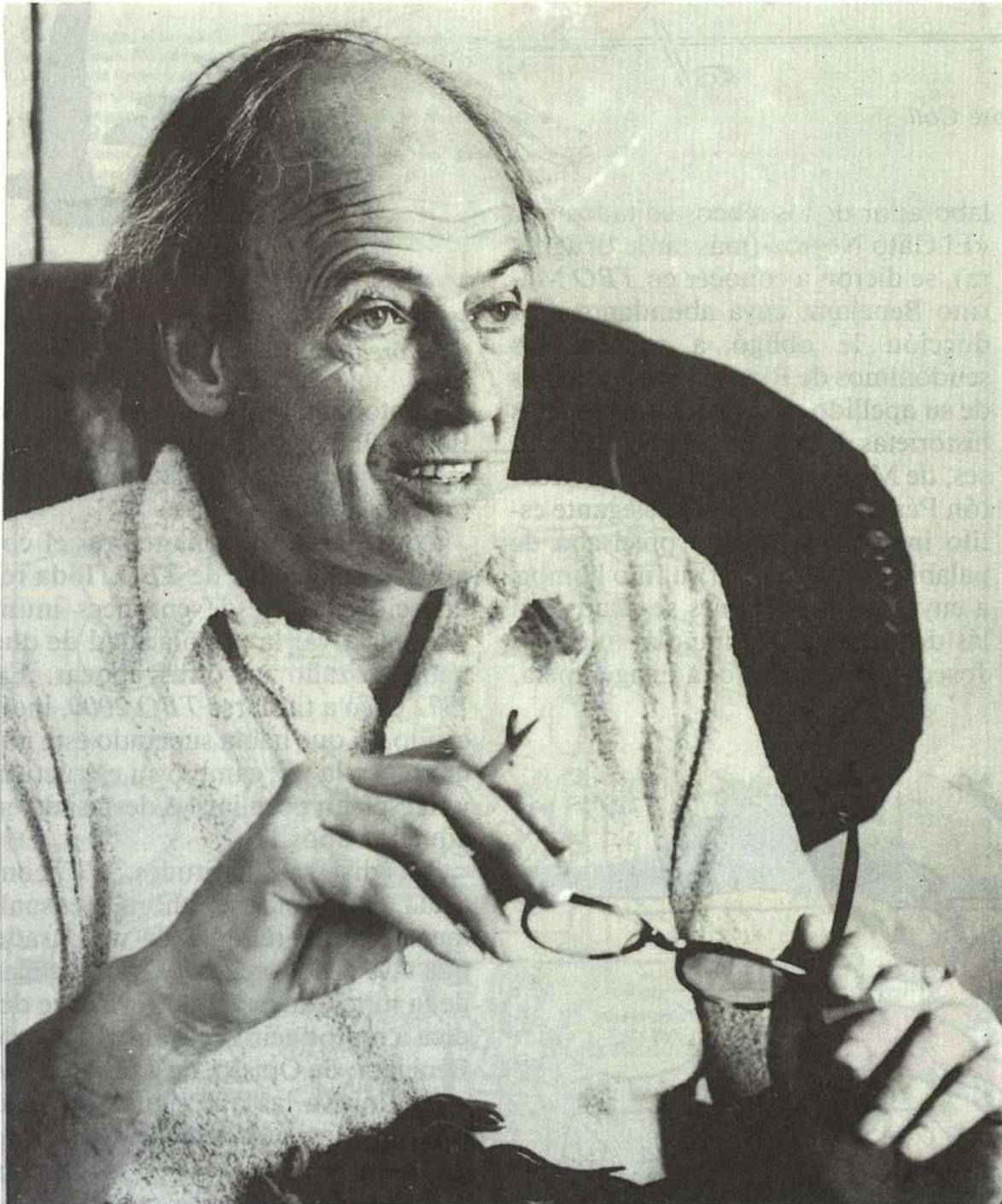


Roald Dahl: un volcán de ternura

por Juan José Lage Fernández*



Roald Dahl.

La obra de Roald Dahl es, sin duda, una de las más renovadoras y excitantes de toda la literatura infantil de este siglo. A continuación, el articulista rastrea los aspectos didácticos y pedagógicos contenidos en la misma.



«Los libros de mi padre llevan un volcán rugiendo en sus entrañas. Arrojan cientos de ideas provocativas y excitantes fognazos.»

Estas declaraciones de Tessa,¹ hija de Roald, parecen dar la razón a quienes acusan a Dahl (1916-1990) —y fueron muchos, desde maestros a críticos— de antisocial, cruel e irreverente, tanto en la temática de sus libros como en el desarrollo argumental o expresivo de los mismos. Pero a continuación añade: «Están llenos de ternura».

Y éste es el aspecto que nos interesa resaltar. Lo que hay tras los «excitantes fognazos», la ternura que destila toda su obra infantil, lo que podemos aprender —o lo que nos pretende enseñar— tras una relectura detenida de sus libros. Es decir: extraer, aunque parezca paradójico, lo didáctico en su escritura.

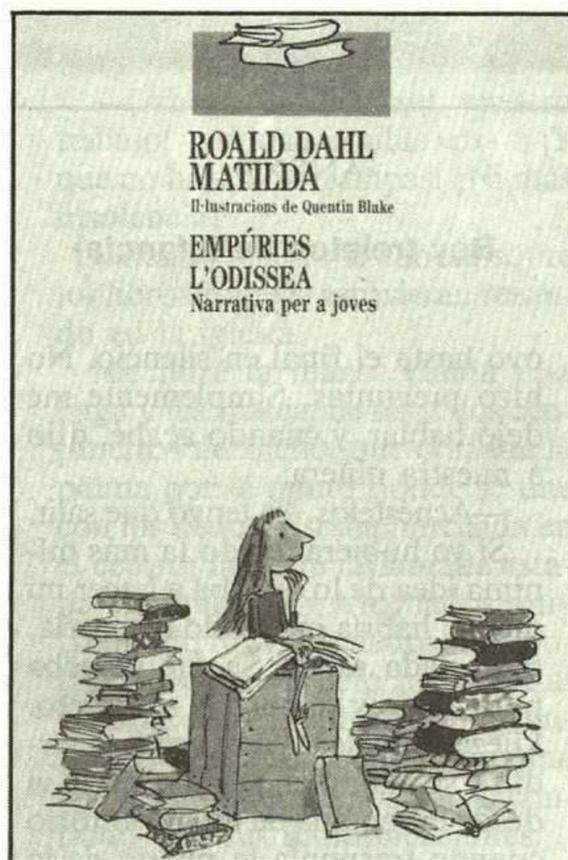
Dahl fue un excitante contador de cuentos. Y como otros muchos narradores, sus hijos fueron los primeros destinatarios de su inagotable fantasía oral (Grimm, Andersen, Perrault... gozaban de su favor y en libros como *Charlie y la fábrica de chocolate*² o *Matilda*³ hace alusión a ellos).

También el padre de Danny⁴ era un excelente narrador. Por ello, y también porque tenía siempre tiempo para jugar con su hijo a pesar de sus ocupaciones y no se entrometía en sus asuntos, es el padre ideal. Toda una pedagogía paterno-filial. Además, en este libro y en *Las Brujas*,⁵ Dahl teoriza sobre el arte de narrar. Dice Danny: «Dudo que mi padre hubiera leído veinte libros en su vida. Pero era un maravilloso narrador. Inventaba un cuento para mí todas las noches y los mejores se convertían en seriales y continuaban muchas noches seguidas... Me encantaba la expresión lejana e intensa que aparecía en la cara de mi padre cuando estaba contando un cuento. Su cara se ponía pálida, se-

rena y distante y no advertía nada de lo que le rodeaba».

Y en *Las Brujas* dice el protagonista refiriéndose a su abuela: «Era una estupenda narradora y yo estaba fascinado por todo lo que me contaba... Hablaba con tanta convicción, con tan absoluta seriedad, sin una sonrisa en los labios ni un destello en la mirada, que yo me encontré empezando a dudar».

«La llave del éxito consiste en conspirar con los niños contra los adultos.»⁶ Esta declaración de Dahl nos



introduce en su tercer «fognazo» esclarecedor: la «corriente emancipadora» en la que podríamos encasillar sus libros, corriente que implica que el niño campea a sus anchas, tras liberarse de sus enemigos naturales, los adultos, que son ridiculizados o convertidos en meros espectadores o protagonistas secundarios.

Y se libera de sus angustias, encontrando la autoestima, merced a su ingenio, inteligencia y valor. Un personaje como Matilda, que se libera de unos adultos opresores merced a su ingenio y valor, ¿no tendrá relación directa, por ejemplo, con Pulgarcito,

que libera a sus hermanos de las fauces de un ogro represivo? ¿Y qué decir de la similitud entre, por ejemplo, Cenicienta, que se desembaraza de sus amas merced a la intervención de la varita mágica del hada-madrina y James, a quien un anciano entrega unos polvos mágicos capaces de hacer crecer un melocotón tamaño gigante y liberarse así de sus terribles tías?

Ingenio encomiable

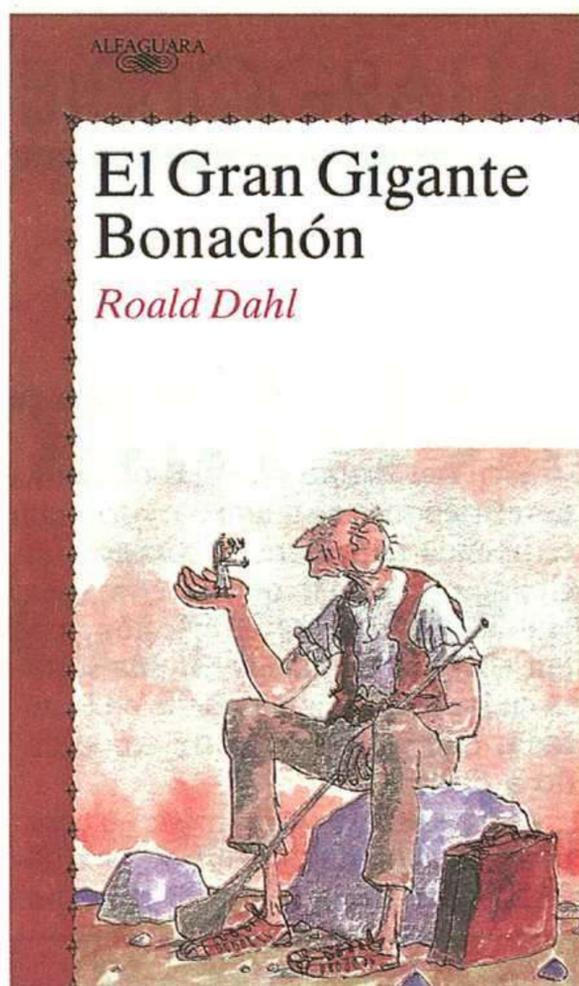
El «elogio del ingenio» es en lo que más se recrea el autor, enviándonos continuos mensajes al respecto: Matilda, El Superzorro, Danny, Jorge, el señor Hoppy, son personajes que hacen gala de un ingenio encomiable, del que se sirven para alcanzar la felicidad. El señor Hoppy, protagonista del libro *Agu Trot*,⁸ es el vivo ejemplo de que el pensamiento divergente no conoce edades.

Por cierto, que Matilda es una niña con ingenio, virtud que parece reservada al género masculino, incluso en la obra de Dahl.

En *Las Brujas*, Dahl afirma: «No quiero hablar mal de las mujeres. La mayoría de ellas son encantadoras». La espada del antifeminismo estuvo siempre pendiente sobre su cabeza y si bien es cierto que su obra para adultos rezuma, si no misoginia, sí cierta mofa de lo femenino, y que las madres, por ejemplo, no juegan ningún papel en sus libros infantiles (cuatro protagonistas no tienen madre y las madres de otros dos son despreciables), ha dado a luz a personajes femeninos encantadores: niñas como Sofía o Matilda, jóvenes como la señorita Jennifer Honey, abuelas tan atípicas como la protagonista de *Las Brujas*, e incluso esposas tan hogareñas como doña Zorra, la tradicional madre de familia del Superzorro.⁹

Es cierto que Dahl evolucionó con el paso del tiempo hacia actitudes más positivas en su apreciación de lo femenino, llegando incluso a permitirse significativas diatribas contra el

machismo en libros como *Matilda*: en el capítulo titulado «El hombre rubio platino», el señor Wormwood, padre de Matilda («siempre tenía que hacer sentir su presencia»), después de ufarse ante el espejo de su cabellera negra y de negarle a su hija la capacidad del cálculo mental simplemente por ser niña, parece como si dijera: «¡Soy yo, el gran hombre, el amo de la casa, el que gana el dinero y el que hace posible que los demás vivan tan bien!»; «¡Fijaos en mí y presentadme vuestros respetos!». Basta leer el libro para darnos idea de lo esperpéntico que resulta este personaje.



En realidad, *Matilda* (el libro más significativo del autor respecto a los «mensajes», del que dice su hija Tessa: «Es lo mejor del Roald Dahl íntimo; muestra lo mejor del auténtico Roald»),¹⁰ es una niña superdotada, circunstancia que aprovecha el autor para decirnos, con breves pinceladas, que lo que conviene para la educación de un genio no es precisamente la opinión de la ridícula directora: «Tengo por norma que todos los niños se agrupen por edades, sin reparar en sus aptitudes».

«No hay nada como unos tirones de orejas y unos pescozones para que

ANEXO 1

Boy (relatos de infancia)

Cuando volví a la clase tenía los ojos húmedos de lágrimas y todos me miraban. Al sentarme en mi pupitre sentí un vivo dolor en el trasero.

Aquella tarde, después de cenar, mis tres hermanas se bañaron antes que yo. Luego me tocó a mí, pero cuando iba a meterme en la bañera sentí una horrorizada exclamación de mi madre a mis espaldas.

—¿Eso qué es? —consiguió articular—. ¿Qué te ha pasado? —y me miraba el culo, atónita. Yo no me lo había visto hasta entonces, pero cuando giré la cabeza y alcancé a dar un vistazo a una de mis nalgas percibí las franjas encarnadas y las feas moraduras que se alargaban entre una y otra.

—¿Quién te lo ha hecho? —gritó mi madre—. ¡Dímelo en seguida!

A la postre tuve que contárselo todo, mientras mis tres hermanas (de nueve, seis y cuatro años) escuchaban la historia, alrededor, con sus camisones de dormir y los ojos desorbitados. Mi madre me

oyó hasta el final en silencio. No hizo preguntas. Simplemente me dejó hablar, y cuando acabé, dijo a nuestra niñera:

—Acuéstelos. Yo tengo que salir.

Si yo hubiera tenido la más mínima idea de lo que iba a hacer mi madre, habría intentado detenerla, pero nada sabía. Se fue derecha para abajo y se puso el sombrero. Luego salió de la casa, cruzó el jardín y se plantó en la calle. Yo la vi desde la ventana de mi dormitorio cuando trasponía la puerta de la verja y doblaba hacia la izquierda, y recuerdo haberle dado voces que volviera, que volviera, que volviera. Pero no me hizo caso. Andaba con paso muy vivo, alta la cabeza y erguido el cuerpo, y por el cariz que tomaban las cosas me figuré que al señor Coombes se le preparaba un mal rato.

Sobre una hora después mi madre volvió y subió a darnos las buenas noches con un beso a cada uno. Yo le dije:

—Preferiría que no hubieras hecho eso. Se van a reír de mí.

—En mi tierra no pegan así a los niños —dijo—. No lo voy a consentir.

—¿Qué te ha dicho el señor Coombes, mamá?

—Me ha dicho que soy extranjera y que no comprendía cómo funcionan los colegios británicos.

—¿Ha estado grosero contigo?

—De lo más grosero. Me ha dicho que si no me gustaban sus métodos podía sacarte de la escuela.

—¿Y qué le has contestado?

—Que así lo haría, en cuanto termine el curso. Esta vez te buscaré una escuela *inglesa* —me dijo—. Tu padre tenía razón. Las escuelas inglesas son las mejores del mundo.

—¿Eso quiere decir que estaré interno? —pregunté.

—Tendrá que ser así —dijo ella—. Todavía no estoy en condiciones de trasladarme con toda la familia a Inglaterra.

Conque seguí en la escuela de la Catedral de Llandaff hasta que acabó el curso por el verano.

recuerden las cosas»; «No es bueno ser amables con los niños», son frases pronunciadas por la despótica directora Trunchbull, que sin duda le serían familiares al autor, víctima en su infancia de los métodos pedagógicos represivos tan comunes en los internados ingleses. En *Boy*,¹¹ la primera parte de su autobiografía, quedan irónicamente plasmadas sus experiencias escolares, que luego recrearía en libros como *Matilda* o *Danny, campeón del mundo*. Basta comparar textos de *Boy* y de *Danny* —véanse Anexos 1 y 2— para darse cuenta de cuál era su preocupación por estos temas y de cómo estas vivencias negativas le marcaron profundamente, y de cómo se opuso a ellas.

Escribir para niños

Pero en el emblemático libro de *Matilda* hay más. El genial autor da pautas —a través de la protagonista, precoz lectora— sobre cómo debe ser el arte de escribir para niños, de las tres condiciones que debe reunir un li-



Dahl fotografiado en Haifa en 1941, cuando era piloto de la RAF.

ANEXO 2

Danny, campeón del mundo

¡Oh, qué dolor tan desgarrador y ardiente traspasaba mi mano! ¿Por qué no se me pasaba? Miré a Sidney. Estaba haciendo lo mismo que yo, estrujando su mano entre las piernas y poniendo la misma cara de tremendo dolor.

¡Id a vuestros puestos, los dos! —ordenó el capitán Lancaster.

Fuimos tambaleándonos hasta nuestros pupitres y nos sentamos.

—¡Ahora seguid con vuestro trabajo! —dijo la temible voz—; ¡Y que no haya más trampas! ¡Ni más insolencia!

La clase inclinó la cabeza sobre los libros como si estuvieran rezando en la iglesia.

Me miré la mano. Había una larga y fea marca, de unos dos centímetros de ancho, que cruzaba la palma por el punto donde se une con los dedos. Estaba hinchada en el centro; la parte inflamada estaba blanquísima y a los lados muy colorada. Moví los dedos. Los podía mover bien, pero me dolía al hacerlo. Miré a Sidney. Él me lanzó una rápida mirada de disculpa con los párpados bajos, luego continuó con sus multiplicaciones.

Cuando volví a casa esa tarde, mi padre estaba en el taller.

—He comprado las pasas —me dijo—. Ahora las pondremos en remojo. Tráeme un cuenco con agua, Danny.

Fui al carrozato, cogí un cuenco y lo llené de agua. Lo llevé al taller y lo puse sobre la mesa de trabajo.

—Abre los paquetes y échalos enteros —dijo mi padre.

Ésta era una de las cosas que más me gustaban de él. No quería hacerlo todo él mismo. Tanto si era un trabajo difícil, por ejemplo,



Retrato de Dahl realizado por Quentin Blake.

ajustar un carburador en un motor grande, como si se trataba simplemente de echar unas pasas en un cuenco, siempre me dejaba que lo hiciera yo mientras él me miraba, dispuesto a ayudar. Ahora estaba observándome mientras yo abría el primer paquete de pasas.

—¡Eh! —gritó, agarrándose por la muñeca izquierda—. ¿Qué te ha pasado en la mano?

—No es nada —dije, al tiempo que cerraba el puño.

Me hizo abrir la mano. La larga marca roja que cruzaba la palma parecía una quemadura.

—¿Quién te ha hecho eso? —gritó—. ¿Fue el capitán Lancaster?

—Sí, papá, pero no es nada.

—¿Qué sucedió? —Me sostenía la muñeca con tal fuerza que casi me hacía daño—. Dime exactamente lo que sucedió.

Se lo conté todo. Él me apretaba la muñeca, mientras su cara se iba poniendo cada vez más blanca, y yo noté que hervía de furia en su interior.

—¡Le mataré! —murmuró cuando yo terminé de hablar—. ¡Juro que le mataré!

Sus ojos llameaban y su rostro estaba lívido. Nunca le había visto así antes.

—Olvídalo, papá.

—¡No lo olvidaré! Tú no habías hecho nada malo y él no tenía el menor derecho a hacerte esto. Así que te llamó tramposo, ¿no?

Asentí con la cabeza.

Él había cogido su chaqueta de la percha y se la estaba poniendo.

—¿Adónde vas? —pregunté.

—Voy a casa del capitán Lancaster a darle una paliza.



BIBLIOGRAFÍAS

ANEXO 3

Valores

Pedagogía paterno-filial y no represiva.

Crítica de la glotonería y la dependencia de la TV.

Recompensa de la pobreza y la sencillez.

Todo sacrificio merece la pena con tal de acabar con la maldad.

Crítica al despotismo, el afán de enriquecerse.

Canto al ingenio y diatriba contra los viejos gruñones, el egoísmo y el afán de enriquecerse.

¿No deberían desaparecer todos los cretinos del mundo?

Contra los cazadores desaprensivos.

Elogio de la astucia, la inteligencia, el valor.

Crítica a la avaricia, la suciedad, la glotonería, la crueldad.

Elogio de la fantasía, del ingenio.

La ilusión y el ingenio en la tercera edad.

A cada cual según su aptitud.

Adultos

Danny, campeón del mundo

Charlie y la fábrica de chocolate

Las Brujas

Matilda

La maravillosa medicina de Jorge

Los cretinos

El dedo mágico

El superzorro

El gran gigante bonachón

Agu Trot

James y el melocotón gigante

Contravalores

Caza furtiva.

Pigmeos esclavizados.

Abuela fumadora de puros, que se despreocupa de la higiene del nieto.

Una niña sabe vengarse de un padre que la desprecia.

Matilda deja a sus padres y se queda con su profesora.

Jorge se deshace de su abuela mediante un mejunje.

Matrimonio que se gastan pesadas bromas (poner gusanos en el plato de espaguetis).

Convertir a la profesora en gato.

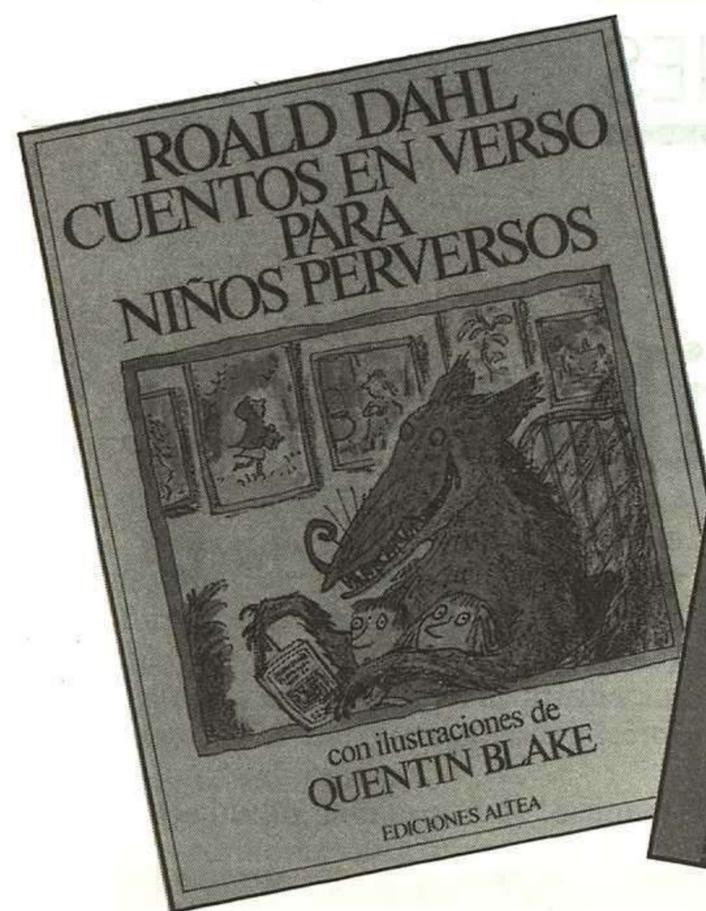
El zorro roba las provisiones de los granjeros.

El gran gigante bonachón secuestra a la protagonista.

La mentira y el engaño para lograr el amor de otra persona.

Tías egoístas, perezosas y crueles, que maltratan a su sobrino.

Niños



bro para entusiasmar a los lectores jóvenes: misterio, humor («los niños no son tan serios como las personas mayores y les gusta reírse») y la forma de contar («no importa que no lo entiendas; deja que te envuelvan las palabras, como la música»).

La penúltima propuesta didáctica de Dahl se refiere a la contumaz crítica a defectos contemporáneos, como el consumismo o la excesiva dependencia de la TV, o a la glotonería, curiosamente el vicio más fustigado por Dahl, contra el que arremete en cinco libros. Asimismo, la crítica hacia la obsesión de enriquecerse a cualquier precio, el egoísmo, la suciedad, la crueldad, etc., elevan los valores de sus libros (para satisfacción de adultos), en detrimento de sus denostados contravalores (para disgusto de los niños). El Anexo 3 es un aviso para lectores desconfiados: la primacía de los valores frente a los contravalores es evidente en la obra de Dahl.

Por último, algunos enunciados ético-morales que el autor cuelga por doquier para guía de desorientados, quizá la mayor provocación de un autor catalogado como «amoral»:

- «Da igual quién seas o qué aspectos tengas, mientras que alguien te quiera» (*Las Brujas*).
- «No compensa comer más de lo que se necesita» (*Danny, campeón del mundo*).
- «Una tontería de vez en cuando

le gusta al hombre más inteligente» (*Charlie y el gran ascensor de cristal*).¹²

En resumen, he aquí una síntesis de sus propuestas:

- Pedagogía paterno-filial (el padre ideal).
- Cómo contar cuentos.
- Corriente emancipadora.
- Elogio de la fantasía y el ingenio.
- Rol masculino-femenino.
- Educación de los superdotados.
- Pedagogía no represiva.
- Normas para escribir un buen libro infantil.
- Crítica a defectos de la sociedad.
- Enunciados morales. ■

* Juan José Lage Fernández es profesor de EGB, coordinador de la revista *Platero* y monitor de los cursos de Animación a la Lectura en los Centros de Profesores de Oviedo y Avilés.

Notas

1. *El País*, 12 de junio de 1988.
2. *Matilda*, Madrid: Alfaguara, 1989.
3. *Charlie y la fábrica de chocolate*, Madrid: Alfaguara, 1978.
4. *Danny, campeón del mundo*, Barcelona: Noguer, 1977; Madrid: Alfaguara, 1986.
5. *Las Brujas*, Madrid: Alfaguara, 1985.
6. *El País*, 25 de noviembre de 1990.
7. *James y el melocotón gigante*, Madrid: Alfaguara, 1962.
8. *Agu Trot*, Madrid: Alfaguara, 1991.
9. *El Superzorro*, Madrid: Alfaguara, 1983.
10. *El País*, 12 de junio de 1988.
11. *Boy (relatos de infancia)*, Madrid: Alfaguara, 1989.
12. *Charlie y el gran ascensor de cristal*, Madrid: Alfaguara, 1981.

Bibliografía

(Todos sus libros son aptos para contar)

A partir de tercero

- El cocodrilo enorme*, Madrid: Altea, 1991.
El dedo mágico, Madrid: Alfaguara, 1991.
La maravillosa medicina de Jorge, Madrid: Alfaguara, 1991.
Los cretinos, Madrid: Alfaguara, 1991.
El Superzorro, Madrid: Alfaguara, 1991.

A partir de cuarto

- ¡Qué asco de bichos!* (versos), Madrid: Altea, 1988.
James y el melocotón gigante, Madrid: Alfaguara, 1991.
La jirafa, el pelicàno y el mono, Madrid: Alfaguara, 1991.
Agu Trot, Madrid: Alfaguara, 1991.
Los mimpins, Madrid: Altea, 1992.

A partir de quinto

- Cuentos en verso para niños perversos* (versos), Madrid: Altea, 1985.
Charlie y la fábrica de chocolate, Madrid: Alfaguara, 1991.
Las Brujas, Madrid: Alfaguara, 1991.
Danny, campeón del mundo, Madrid: Alfaguara, 1990.
Charlie y el gran ascensor de cristal, Madrid: Alfaguara, 1991.
Matilda, Madrid: Alfaguara, 1991.
El gran gigante bonachón, Madrid: Alfaguara, 1992.

A partir de sexto

- Boy (relatos de infancia)* —autobiografía—, Madrid: Alfaguara, 1991.

A partir de octavo

- Volando solo* —autobiografía—, Madrid: Alfaguara, 1990.